

diga, que me ha sido preciso casarme con una mujer que tampoco fuese completamente ordinaria.

—Permítame V. rogarle que reflexione detenidamente antes de tomar esa resolución.

—Yo siempre me decido de pronto (dijo Bounderby, cubriéndose bruscamente con el sombrero). Todo lo que hago, lo hago de pronto; y hasta me sorprende que Tomás Gradgrind haga semejante observación á Josué Bounderby, de Cokerville, conociéndole como le conoce. Si algo pudiera sorprenderme en adelante, es ese desgraciado que acaba de hacerse partidario de unas cuantas simplezas sentimentales. Ya conoce V. mi determinación; ahora nada más tengo que decir. Servidor.

En seguida Mr. Bounderby se fué á su casa y se acostó. Al día siguiente, á las doce y cinco minutos, dió á sus criados orden de recoger cuidadosamente todo cuanto pertenecía á su mujer y de que lo llevasen á casa de Tomás Gradgrind; después hizo anunciar en el *Diario* la venta de su casa de campo, y nació otra vez á la vida de soltero.

CAPÍTULO XIII.

Perdido.

No por esto había perdido de vista el robo de la casa de banca, y desde aquel día el negocio ocupó el primer lugar en la atención del jefe de aquel establecimiento. Á fin de probar que no sin razón se jactaba de su actividad incansable, Mr. Bounderby, en su calidad de hombre poco ordinario, de hombre que no debía su elevación más que á sí mismo, en su calidad de maravilla comercial, más admirable que la misma Venus que salió del seno de las ondas, Mr. Bounderby tenía mucho empeño en demostrar cuán poco disminuían su ardor industrial estas pequeñeces domésticas. Por consiguiente, durante las primeras semanas de su segundo celibato, se movió más que nunca, é hizo tales cosas, renovando sus investigaciones á propósito del robo, que los agentes encargados de buscar á los autores casi hubieran deseado que tal robo no se hubiese cometido. Casi todos creían que las pesquisas se habían abandonado como inútiles, pues no se ha-

bía hecho ningún nuevo descubrimiento. Ninguno de los culpables, hombre ó mujer, había dado el menor paso que pudiera comprometerle. Y, lo que aún parecerá más extraño, no se había vuelto á oír hablar de Esteban Blackpool, y la misteriosa anciana permanecía siendo un misterio.

Habiendo llegado las cosas á tal estado, ningún signo oculto indicaba que debiesen ir más lejos. Mr. Bounderby se decidió por aventurar un golpe atrevido. Redactó un anuncio, ofreciendo una recompensa de quinientos francos á quien aprehendiese ó ayudase á aprehender al llamado Esteban Blackpool, sospechoso de complicidad en el robo de la casa de banca, tal noche, tal mes, tal año, etc. Dió las señas del susodicho Esteban Blackpool, es decir, una descripción tan minuciosa como le fué posible, de su traje, de sus facciones, de su estatura aproximada y de sus maneras; refirió cómo el obrero había abandonado la ciudad, é indicó la dirección en que se le había visto por última vez. Impreso el todo en letras grandes y negras sobre papel blanco, mandó fijar el cartel en todas las esquinas de la población por parte de noche, á fin de que por la mañana llamasen la atención de todo el pueblo.

Fué necesario que las campanas de las fábricas hiciesen uso de su voz más sonora aquella mañana para llamar al trabajo á los grupos de

obreros, que, reunidos alrededor de los carteles al despuntar el día, los devoraban con ojos ávidos, y los más ávidos no eran ciertamente los que sabían leer, sino los ignorantes; estos, escuchando la voz amiga que les leía alto (siempre encontraban á alguno que les prestase este servicio), contemplaban aquellos grandes caracteres de imprenta con un vago terror y un respeto que hubieran parecido casi ridículos, si el espectáculo de la ignorancia pública no estuviese siempre lleno de amenazas y de desdichas.

Slackbribge, el delegado orador, convocó aquella noche misma á su auditorio; había conseguido del impresor un anuncio muy nuevo, que llevaba en el bolsillo. ¡Oh mis amigos y compatriotas, oprimidos trabajadores de Cokeville! ¡oh hermanos en humanidad y en trabajo! ¡oh mis conciudadanos! ¡Qué sensación cuando Slackbribge desplegó lo que él llamaba *un documento infernal*, y lo expuso á las miradas y á la execración de la comunidad obrera!

—¡Oh mis hermanos en humanidad! Ved de cuánto es capaz un traidor que deserta del campo de los grandes corazones afiliados bajo la justicia y la unión! ¡Oh mis amigos, queridos compañeros de humillación, que lleváis al cuello el soberbio yugo de la tiranía; vosotros, en quienes el despotismo huella con sus piés de hierro los cuerpos derribados en el polvo en donde qui-

sieran teneros hasta el fin de vuestros días como á la serpiente del paraíso terrenal! ¡Oh mis hermanos, y no añadiré en mi calidad de hombre! ¡Oh mis hermanos! ¿Qué pensáis ahora de Esteban Blackpool, con sus espaldas ligeramente encorvadas, su estatura de cinco piés y siete pulgadas próximamente, tal como nos le presenta este degradante é innoble documento, este pernicioso anuncio, este abominable cartel?

»¡Con qué majestuosa unidad de indignación aplastaréis la víbora que intenta arrojar esta mancha y esta vergüenza sobre la raza sagrada que felizmente ha desterrado al infame, y le ha rechazado para siempre de su seno! Porque ya os acordaréis de la noche en que se presentó á nosotros en esta plataforma; ya sabéis cómo frente á frente, y paso á paso, le he seguido al través de todos los dédalos complicados de sus turtuosas respuestas; ya sabéis cómo bajó la cabeza confundido, procurando escapármese y extravíar la cuestión hasta el momento en que, no sabiendo de qué medio valerse, se vió precisado por mis esfuerzos á precipitarse fuera de este recinto, para que en adelante le pudiera señalar el dedo inflexible del desprecio, marcado con el hierro candente de todo espíritu librey formal.

»Y ahora, amigos míos, excelentes trabajadores, que os habéis hecho la cama en que reposáis, dura, pero honrada, mediante la labo-

riosidad, y no mediante el crimen; vosotros que ganáis con el sudor de vuestra frente vuestra comida escasa, pero digna; decidme: ¿qué nombre le daréis á ese infame holgazán que, arrojando la máscara, se alza ante nosotros con toda su deformidad natural?... ¿Cómo lellamaréis?... Es un ladrón, un bandido, un fugitivo, un proscrito, cuya cabeza está pregonada: es una llaga, una úlcera en el noble carácter de los obreros de Cokeville.

»Así, pues, á vosotros todos, ¡oh mis hermanos!, asociados para una obra sagrada, en la que vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos que aún están por nacer, han puesto sus firmas y sus sellos infantiles, os propongo, en nombre de la Agregación del Tribunal Reunido, que siempre tiene los ojos abiertos para vuestros intereses; os propongo, digo, que este meeting declare que Esteban Blackpool, obrero, de quien se habla en este anuncio, habiéndole ya renegado solemnemente la comunidad de obreros de Cokeville, es extraño á ella; que nada tiene ésta de común con los crímenes de aquél, y no es responsable, como clase social, de sus acciones vergonzosas.»

Así habló Slackbribge, rechinando los dientes y sudando como él solo. Algunas voces severas gritaron:

—¡No!

Y unos cuarenta obreros apoyaron esta proposición, gritando:

—¡Slackbribge, vais demasiado lejos! ¡Moderaos!

Pero estos eran pigmeos que luchaban contra un ejército de gigantes; la masa de la asamblea suscribió el evangelio, según San Slackbribge, y lanzó tres aclamaciones en su honor, en tanto que permanecía de pié ante ellos, jadeando y gesticulando.

Los obreros y obreras que compusieron la reunión habían salido y se dirigían tranquilamente á sus domicilios, cuando Ceci, que había sido llamada algunos minutos antes, volvió al lado de Luísa. Habían tocado á la campanilla.

—¿Quién llama?—le preguntó Luísa.

—Es Mr. Bounderby (contestó Ceci, pronunciando este nombre con timidez), que viene con su hermano de V., y una mujer que dice que se llama Raquel, y que V. la conoce.

—¿Qué quieren, mi estimada Ceci?

—Verla á V. Raquel tiene los ojos encendidos, y parece muy encolerizada.

—Padre (dijo Luísa, porque Mr. Gradgrind estaba presente); no puedo negarme á recibirlos, por una razón que se explica por sí misma. ¿Pueden entrar aquí?

Mr. Gradgrind no vió ningún inconveniente. Ceci fué á decirles que pasaran. Volvió casi in-

mediatamente con ellos. Tomás entró el último, y se refugió en el lugar más oscuro de la estancia, cerca de la puerta.

—Señora Bounderby (dijo el marido, que se presentó saludando con mucha frialdad); creo que no la incomodaré á V. La hora no es la más á propósito; pero esta mujer ha evocado sucesos que hacen necesaria mi visita. Mr. Gradgrind, como su hijo de V., Tomás, se obstina en no decir una palabra, me he visto precisado á provocar un careo.

—Ya me ha visto V. otra vez, señora,—dijo Raquel, colocándose enfrente de Luísa.

Tomás tosió.

—Ya me ha visto V. otra vez, señora,—repitió Raquel, viendo que Luísa no contestaba.

Tomás volvió á toser.

—Es cierto.

Raquel miró con orgullo á Bounderby, y continuó:

—¿Quiere V. dar á conocer, señora, en dónde nos hemos visto, y qué personas estaban presentes?

—Fui á la casa en que vivía Esteban Blackpool la noche en que fué despedido de la fábrica, y en ella la vi á V. Estaba presente una mujer anciana, que no habló, y á quien apenas vi, porque no salió de un rincón oscuro. Me acompañaba mi hermano.

—¿Y no podía V. habernos dicho antes todo eso, joven Tomás?—preguntó Bounderby.

—Había prometido á mi hermana no decir una palabra. (Luísa se apresuró á confirmar este aserto.) Y además (añadió el mequetrefe), refiere también con tan exactos detalles, que hubiera sido una lástima privar á Vds. del placer de escucharla.

—Sírvasse V. decir, señora (prosiguió Raquel), qué le llevó en aquel día desgraciado á casa de Esteban Blackpool.

—Me había infundido lástima (continuó Luísa ruborizándose), y deseaba saber cuáles eran sus propósitos para ofrecerle mi ayuda.

—Gracias, señora (dijo Bounderby); le estoy á V. muy agradecido.

—¿Le ofreció V. un billete de Banco?—preguntó Raquel.

—Sí; pero lo rehusó. Sólo pude hacerle aceptar cincuenta francos en oro.

Raquel volvió otra vez los ojos hacia mister Bounderby.

—¿De veras? (exclamó éste.) Se confirma completamente el cuento que acaba V. de contarme, aunque me esté pareciendo muy ridículo, y sobre todo muy inverosímil.

—Señora (dijo Raquel); á Esteban Blackpool se le trata hoy como á un ladrón en impresos fijados al público en todas las esquinas de la ciu-

dad, y aun acaso fuera de ella. Esta noche se ha celebrado un meeting, en el cual se ha hablado de él de la manera más deshonrosa. ¡De Esteban, del hombre más honrado, más leal y más bueno que hay en el mundo!

La indignación cedió al dolor, y Raquel se detuvo sollozando.

—Lo siento mucho, muchísimo,—dijo Luísa.

—¡Oh, señora, señora! (replicó Raquel.) No sé lo que pueda V. haber hecho. Las personas de vuestra clase no nos conocen, no se cuidan de nosotros, no se creen de la misma especie. No conozco el objeto que la llevó á V. á casa de Esteban. No puedo afirmar que haya V. ido con alguna intención secreta que V. sola conozca, sin cuidarse del daño que podría causar á ese pobre hombre. Entonces la dije á V.: «Dios la bendiga por haber venido,» y lo dije con todo mi corazón. ¡Demostraba V. tanta conmiseración por sus penas!.... Pero hoy no sé qué decir, no sé qué pensar.

Al verla tan fiel á la amistad que le unía con el pobre Esteban, y tan profundamente afligida, Luísa no tuvo valor para reconvenirla por sus injustas sospechas.

—Y cuando pienso (dijo Raquel con voz entrecortada por los sollozos) que el pobre hombre le estaba á V. tan agradecido, creyéndola tan buena para él; cuando pienso que llevó su ma-

no á su fatigado rostro para ocultar las lágrimas que se escapaban de sus ojos.... Confío, sí, en que su suerte le inspira á V. lástima ; pero no sé qué pensar, no sé qué pensar.

—Acabemos de una vez (interrumpió el mequetrefe, agitándose con inquietud en el rincón oscuro); ¿ ha venido V. aquí para insultar á las gentes? Bien merecía V. que, á manera de lección, la pusiesen en la calle.

Raquel no contestó una palabra, y sus sofocantes sollozos fueron el único ruido que se oyó, hasta el momento en que Bounderby tomó la palabra.

—Vamos (dijo); ya sabe V. lo que ha prometido. Mejor sería que, en vez de llorar, pensase V. en eso.

—Estoy avergonzada (respondió Raquel, enjugándose las lágrimas) de mostrarme á Vds. en este estado; pero ya ha concluído todo. Señora: cuando leí lo que se ha impreso contra Esteban, una colección de mentiras, que lo son como si á V. se refiriesen, me fuí derecha á la casa de banca, para decir que sé dónde está Esteban, y para ofrecer solemnemente que vendría á Cokeville dentro de dos días. No encontré á Mr. Bounderby, y su hermano de V. me despidió. Entonces procuré ver á V.; mas, no pudiendo conseguirlo, volví á mi trabajo. Tan luego como salí de la fábrica, corrí á enterarme de lo que se decía de

Esteban, porque sé muy bien, y lo digo con orgullo, que él vendrá á confundir á todos sus detractores. Volví otra vez á casa de Mr. Bounderby, y entonces le encontré; le dije cuanto sabía, no quiso creer una sola palabra, y esa ha sido la causa de que vengamos aquí.

—Hasta ahí todo es exacto (dijo Bounderby, sin sacar las manos de los bolsillos, y sin quitarse el sombrero de la cabeza); pero conozco á Vds. muy á fondo desde hace mucho tiempo, y sé todas sus mañas. Aquí no se trata de hablar; V. ha prometido hacer algo. ¿Qué la detiene?

—He escrito á Esteban por el correo de esta noche, como ya lo he hecho otra vez durante su ausencia, y estará aquí, á más tardar, dentro de dos días.

—Pues bien: voy á decir á V. una cosa. V. ignora quizás que también ha sido vigilada de vez en cuando, porque no está exenta de toda sospecha de complicidad en este asunto, según el principio que dice: «Dime con quién andas, y te diré quién eres.» En el correo no se ha recibido carta alguna dirigida á Esteban. Dígame V. en qué estafeta ha echado la suya; á menos que se haga la ilusión de que le ha escrito.

—Señor: aún no hacía una semana que se marchó, cuando me escribió diciendo que se había visto precisado á buscar trabajo con nombre supuesto.

—¡Por San Jorge! (exclamó Bounderby silbando). ¡Cambia de nombre! ¡Diablo! No sé cómo se decide á hacerlo una persona tan inmaculada. Ya sabe V. que los tribunales nunca aciertan á comprender que un inocente dé en la manía de cambiarse de nombre.

—¡En nombre del cielo, señor! (exclamó Raquel, con los ojos cuajados de lágrimas): ¿qué quería V. que hiciese el pobre? Por una parte, los fabricantes estaban en contra suya; por otra los obreros, aunque sólo pedía que se le dejase trabajar en paz y vivir honradamente. ¿No puede tener un obrero un alma, una voluntad suya? ¿Es preciso que obre mal con los unos y con los otros?

—Le compadezco con todo mi corazón (respondió Luísa), y espero que se justificará.

—Supongo que podemos estar tanto más seguros de eso, cuanto que rehusa V. decirnos dónde está, ¿no es cierto?—dijo Bounderby.

—Nada hay que pueda hacerle venir aquí con la vergüenza inmerecida de que le traigan á la fuerza. Vendrá libremente, por su propia voluntad, para justificarse y confundir á todos los que ofenden su buena reputación cuando está ausente y no se puede defender. Le he dicho lo que se está haciendo con él, y repito que estará aquí dentro de dos días.

—Á pesar de esa promesa (continuó Boun-

derby), si antes se le puede echar mano, se le proporcionará en seguida la ocasión de justificarse. En cuanto á V., nada tengo que decir en su contra; ya hemos visto que era verdad todo cuanto V. fué á contarme; le he dado los medios de probarlo, y asunto concluído. Buenas noches. Necesito examinar este negocio con más detenimiento.

Cuando Bounderby se puso en movimiento, salió Tomás de su rincón, se colocó junto á su cuñado, y desapareció con él. La única frase de atención que murmuró al salir, fué un confuso *Buenas noches, padre.*

Mr. Gradgrind no había murmurado una palabra en toda la escena, y tampoco rompió el silencio cuando Luísa dijo con dulzura:

—Raquel, cuando V. me conozca mejor, no desconfiará de mí.

—No es propio de mi carácter (contestó Raquel con tono más amistoso) desconfiar de nadie. Pero cuando tanto se desconfía de mí... de todos nosotros... no puedo rechazar esas ideas. Pido á V. perdón de haberla ofendido. Y, sin embargo, quizás vuelva á pensar lo mismo, viendo la injusticia con que se trata al pobre Esteban.

—¿Le ha dicho V. en su carta (preguntó Ceci), que se sospecha de él, á lo que parece, porque se le ha visto rondar de noche la casa de banca? Es

un antecedente que le puede servir para preparar las explicaciones que pueda dar á su vuelta. Así la acusación no podrá cogerle de sorpresa.

—Sí, señora (respondió Raquel), aunque no puedo adivinar qué iba á hacer allí. Aquel no era su camino, sino el opuesto. Su camino era el mismo que el mío.

Ceci se había acercado á Raquel, preguntándole dónde vivía, y si podía ir á su casa al día siguiente, para tener noticias de Esteban.

—Dudo (contestó Raquel) que pueda estar aquí antes de dos días.

—Entonces iré pasado mañana,—dijo Ceci.

Cuando Raquel se marchó, después de haber consentido en aquella visita, Mr. Gradgrind alzó la cabeza, y dijo á su hija:

—Querida Luísa, no recuerdo haber visto jamás á ese hombre. ¿Crees que verdaderamente está comprometido en este asunto?

—Así lo había creído, aunque con mucho trabajo; mas ahora no lo creo.

—Es decir, que has hecho todo lo posible por creerle culpable, en vista de las sospechas que pesaban sobre él. ¿Tiene aire de hombre honrado?

—Muy honrado.

—¡Y esa Raquel, cuya confianza es inquebrantable! Yo me pregunto (dijo Mr. Gradgrind pensativo) si el verdadero culpable no conoce estas acusaciones. ¿Quién es? ¿Dónde puede estar?

Hacia poco que los cabellos de Mr. Gradgrind empezaban á cambiar de color. El padre volvió á apoyar en la mano su cabeza gris. Luísa, llena de espanto y de compasión, se apresuró á sentarse á su lado. En aquel momento sus ojos se encontraron por casualidad con los de Ceci. Ésta, ruborizándose, se estremeció, y Luísa se llevó el dedo á los labios, recomendándole el silencio.

La noche siguiente, cuando Ceci entró á decir á Luísa que Esteban no había vuelto, se lo dijo en voz baja. La noche después, cuando vino con la misma noticia, habló con la misma entonación de misterio y espanto. Desde entonces no volvieron á pronunciar el nombre del obrero, y ni siquiera le aludieron, al menos en voz alta; antes bien procuraban evitar la conversación cuando Mr. Gradgrind hablaba del robo.

Transcurrieron los dos días estipulados; transcurrieron tres días y tres noches sin que Esteban volviese, sin que se oyera hablar de él. Al cuarto día, Raquel, cuya confianza no se había quebrantado, y pensaba que se habría perdido su carta, fué á la casa de banca á enseñar cuatro letras que había recibido de Esteban. El obrero decía el punto de su residencia, que era en una de las numerosas colonias de trabajadores que se separaban del camino real á distancia de unas veinte leguas. Fueron agentes al sitio

indicado, y toda la ciudad esperaba que al día siguiente se apoderarían de Esteban.

Entre tanto el mequetrefe no se separaba de Bounderby : parecía su sombra, que le acompañaba á todas partes. Estaba muy agitado y horriblemente nervioso; se mordía las uñas hasta hacerse sangre, y hablaba sin concierto. Á la hora en que se esperaba al supuesto ladrón, el mequetrefe se hallaba en el desembarcadero, apostando á que Esteban había desaparecido antes de la llegada de los agentes enviados en su busca.

El mequetrefe tenía razón. Los curiosos se volvieron como habían ido. Esteban Blackpool había recibido la carta de Raquel, y éste había escapado al instante; nadie sabía más. Sólo había una duda en el ánimo de los cokevillanos; todos se preguntaban si Raquel había escrito en efecto á Esteban para hacerle venir ó para advertirle que emprendiese la fuga. Sobre este punto estaban divididas las opiniones.

Pasaron seis y siete días, é iba transcurriendo otra semana : el miserable mequetrefe empieza á mostrar un triste valor y á desafiar á las gentes con su mirada.

—Pues qué, ¿no era el verdadero ladrón el individuo de que tanto se sospechaba? ¡Linda pregunta, á fe mía! En ese caso, ¿dónde estaba y por qué no venía á justificarse?

¿En dónde estaba? ¿Por qué no venía? En medio de las sombras de la noche, los ecos de sus propias palabras, que durante el día se habían ido Dios sabe adónde, vinieron en vez de Esteban á resonar en los oídos de Tomás hasta la mañana siguiente.